

INTRODUCCIÓN

La historia de España entre 1923 y 1936 es la historia de una transición fallida a la democracia. Ni los monárquicos reformistas ni los republicanos fueron capaces de consolidar un régimen parlamentario y democrático inclusivo que garantizara, en paz y estabilidad, las libertades y derechos de los españoles. La biografía y la larga experiencia política del conde de Romanones son un buen exponente de los intentos de democratización del régimen liberal de la Restauración (1876-1923) y del proyecto fallido de la siguiente generación de políticos que intentaron arraigar la democracia y el parlamentarismo durante la Segunda República.

El libro que el lector tiene en sus manos, *Romanones. La transición fallida a la democracia*, es una biografía clásica: la narración de una vida mediante numerosos testimonios del protagonista y de sus contemporáneos. Desde el punto de vista del biografiado, Álvaro Figueroa y Torres, es la historia de una pasión política y de un triunfador. El conde de Romanones consiguió lo que se propuso: destacar, llegar a lo más alto en su carrera por ejercer el poder. Desde el punto de vista de sus objetivos políticos, es la historia de un fracaso: Romanones asistió en 1923 a la disolución del régimen constitucional de 1876; posteriormente, en 1931, fue el testigo principal de la caída de don Alfonso XIII y, en agosto de 1936, estuvo a punto de ser fusilado en Fuenterrabía.

Cuando nació Álvaro Figueroa en 1863, el viaje en diligencia de Madrid a San Sebastián duraba cincuenta y seis horas hasta que, el 14 de agosto de 1864, el rey Francisco de Asís, esposo de

Isabel II, inauguró la línea ferroviaria que unía Madrid con París. Cuando murió Romanones, a los ochenta y siete años, en 1950, había vuelos intercontinentales a América y el conde opinaba sobre la bomba atómica. El general Narváez (1799-1868), que vivía en el piso superior de su casa de la Plaza de la Villa de Madrid, debió de cruzarse en múltiples ocasiones con los hijos del marqués de Villamejor; Álvaro Figueroa, siendo niño, vivió el destronamiento de Isabel II, la recepción gloriosa del general Prim en Madrid, recordaba el reinado del «rey efímero», Amadeo de Saboya, y el retorno triunfal de Alfonso XII en 1876. Con razón los periódicos de toda España, a su muerte, coincidieron en que con Romanones desaparecía toda una época.

Por si fuera poco, Romanones incorporaba en su mochila de experiencias, de vivencias, el relato de la vida de su padre (un hombre de la época del reinado de Isabel II) y de su abuelo, Luis Figueroa, que enlazaba con los años turbulentos de Carlos IV y Fernando VII. Por familia, comentarios y lecturas, todo el siglo XIX estaba presente en el ánimo de Álvaro Figueroa.

Una biografía es el retrato de un carácter y de una época. En las páginas que siguen trato de definir el carácter del conde de Romanones a partir de su propio testimonio, pero también de las opiniones de sus amigos y adversarios políticos. La época que le tocó vivir fue un periodo de transformaciones sociales, económicas y políticas. Desde el inicio del siglo XX era claro que el signo del nuevo siglo era la democracia. Los regímenes parlamentarios de toda Europa, imperios y monarquías, tenían ante sí el reto de transformarse en democracias. Muy pocos reinos europeos lo consiguieron, y lo mayoritario fue el destronamiento y la desaparición de dinastías centenarias, como los Romanov, Habsburgo, Hohenzollern, Braganza, Saboya... El caso de la dinastía Borbón ha sido una excepción: una larga interrupción entre 1931 y 1975. En otro libro, *El salón de los encuentros*, he explicado las razones de su regreso a España, el tercero de los Borbones en dos siglos; regresaron del exilio Fernando VII, Alfonso XII y don Juan Carlos I. Desde el siglo XVIII, desde Carlos IV hasta Juan Carlos I, ningún Rey de España ha sido proclamado Príncipe de

Asturias y fallecido como Rey sin haber padecido el exilio, lo que es una clara expresión de las dificultades e inestabilidad política de nuestra historia política contemporánea.

Romanones no fue el único responsable de aquella transición fallida a la democracia que pudo y debió producirse desde 1913. El primer responsable fue el Rey, que, bien intencionado, cometió el error de asumir el discurso de la regeneración cuando el que quizá hubiera salvado su reinado era el discurso de la reforma. Los regeneracionistas pretendían mejorar la situación de España por medio de la «despensa y la escuela», realizar obras públicas (sobre todo regadíos y carreteras) y terminar con las prácticas caciquiles y el falseamiento de las convocatorias electorales. Eran propósitos loables, pero requerían entender que para todo ello se precisaba tiempo, desarrollo económico, generación de riqueza y crecimiento considerable del presupuesto nacional¹.

Autenticar el proceso electoral y acabar con el caciquismo, el cunerismo (candidato a diputado ajeno al distrito y patrocinado por el Gobierno) y el encasillado (lista de candidatos adeptos al Gobierno) también requería tiempo y reformas legales en la justicia, en la movilización de los electores y hacer recaer en la opinión la responsabilidad del establecimiento de mayorías «desde abajo» y no desde arriba. La Constitución de 1876 confiaba al Rey, cosoberano con las Cortes, la designación del nuevo presidente del Gobierno, y este debía ser confirmado posteriormente por una mayoría parlamentaria.

Los partidos dinásticos fueron reformistas. Tanto los conservadores (Silvela, Maura) como los liberales (Moret, Romanones, García Prieto) intentaron, con mayor o menor fortuna, desarrollar reformas ambiciosas, como Antonio Maura, o más conteni-

¹ La diferenciación entre regeneracionismo y reformismo no es completamente nítida en todos los casos. Muchos regeneracionistas republicanos fueron también reformistas moderados y accidentalistas, como Melquíades Álvarez o Rafael Altamira. Manuel Suárez Cortina, «Regeneración y República en la España del novecientos», en *Regeneración y Reforma*, Fundación BBVA, Madrid, 2002, págs. 197-221.

das y parciales, como Romanones. Creían que la evolución de la sociedad española, mejor educada y con más recursos, terminaría por posibilitar la transición a la democracia.

Los líderes reformistas más decididos pretendieron la reforma constitucional (Moret, Melquíades Álvarez, Alba), modificar o eliminar la cosoberanía constitucional (el Rey y las Cortes) propia del siglo XIX, mantener al Ejército dentro de los cuarteles y reducir las imposiciones de la jerarquía de la Iglesia católica en la vida diaria de los españoles en temas tan sensibles como el matrimonio civil, la regulación de los cementerios civiles o la libertad de enseñanza religiosa en las escuelas. Cuando en junio de 1930 Alfonso XIII admitió la petición de Santiago Alba de celebrar Cortes Constituyentes para que el Monarca ejerciera solo un poder moderador, ya era demasiado tarde: la oposición republicana-socialista se consideraba lo suficientemente fuerte como para imponer o esperar la llegada de la República y no aceptar una monarquía democrática.

Romanones comparte la responsabilidad de aquel fracaso con otros dirigentes dinásticos, liberales y conservadores: Sánchez Guerra, García Prieto, Dámaso Berenguer, Santiago Alba... Todos fueron políticos capaces, honrados y leales al Rey y a la Constitución, pero no tuvieron la capacidad de proponer, de modo perentorio, a don Alfonso las imprescindibles reformas políticas que hubiera integrado en la monarquía democrática a la izquierda, tanto a los republicanos reformistas como, incluso, al sindicalismo moderado. Como veremos en las páginas que siguen, los designados para presidir el Gobierno de Su Majestad no eran proclives a proponer al Rey nada que le pudiera importunar (y la reforma constitucional era crucial), pues corrían el riesgo de no ser llamados a la más alta responsabilidad de gobierno.

El Rey, en lugar de avanzar por esa línea de reformas democráticas, cedió, en 1923, al impulso «regenerador» de un militar golpista, Primo de Rivera, el «cirujano de hierro» propugnado por Joaquín Costa. Don Alfonso padeció las continuas imposiciones caprichosas de un general arbitrario que le hizo incumplir la Constitución (Romanones calificó de perjurio el hecho de

que don Alfonso aceptara la dictadura) y que finalmente condujo al Rey al exilio. La reforma se frustró en 1923 y ganó la regeneración primoriverista. Ignoramos si la reforma liberal, moderada y paulatina habría desembocado en una monarquía democrática estable como la que pretendieron Maura, Moret, Sánchez Guerra, García Prieto o Santiago Alba. Lo que sí sabemos es que la «regeneración» liderada por Primo de Rivera fue un gran fracaso. Don Alfonso, entrevistado en el exilio en París, respondió amargamente a un periodista sobre el balance de la dictadura de Primo de Rivera: «El plan de firmes especiales y la República».

El reinado de don Alfonso fue un periodo de modernización social y económica sin precedentes, pero también de estancamiento político. El desfase se resolvió, como veremos, con la caída de la monarquía en 1931. Fracasada la transición de la monarquía liberal a la democracia, esta irrumpió con la República; al principio, como una fiesta; al cabo de un mes, como un drama. El 10 de mayo de 1931, ante la absoluta pasividad del Gobierno provisional republicano, radicales anarquistas e izquierdistas incendiaron diez iglesias en Madrid. Actos similares se produjeron en el resto de España, en Málaga, Sevilla, Valencia, Murcia, Cádiz, Córdoba... El Gobierno declaró el estado de guerra el día 12 de mayo, por lo que cesaron los incendios. Era la señal de un radicalismo que hacía muy difícil, casi imposible, la aceptación de la República para una parte muy importante de los españoles.

El apoyo de la opinión a la República seguía siendo muy alto, como lo demostraron las elecciones a Cortes Constituyentes de junio de 1931. Pero los dirigentes republicanos no imitaron la moderación e inclusión de los republicanos franceses de la III República de 1870; por el contrario, desplegaron una acción política sectaria, una Constitución que excluía a los católicos de la vida política y una retórica radical que asustó y enajenó la aceptación del nuevo régimen a una parte muy considerable de la sociedad española. La exclusión de los católicos se plasmó en la Constitución de 1931 en los artículos 26 y 27, que proscribían impartir enseñanza a las órdenes religiosas, les impedía cualquier actividad industrial o comercial y expulsaba de España a los jesuitas.

El ensayo democrático de la República de 1931, en lugar de consolidar un sistema de centro y de moderación, se deslizó hacia la violencia y la polarización y, finalmente, en 1936, condujo a un golpe de Estado de parte del Ejército, que, al fracasar, se convirtió en una cruenta y prolongada guerra civil. De modo que, instaurada de nuevo una dictadura militar en 1939, hubo que esperar a 1977-1978 para que de modo exitoso se produjera la Transición a la democracia, inclusiva, moderada y que ha consolidado durante cuarenta años un sistema político de centro, al menos hasta 2020.

El relato de los antecedentes familiares de Romanones constituye una suerte de saga de tres generaciones. La primera parte es la introducción a una historia de la familia Figueroa y Torres (que es también historia de España) desde la guerra de la Independencia de 1808; un nudo central en la persona de Álvaro Figueroa, en la Presidencia del Gobierno y en la Primera Guerra Mundial de 1914, y un desenlace que pudo haber terminado con el fusilamiento de Romanones en 1936, aunque finalmente salvó la vida por la decidida intervención de la República Francesa para su liberación y exilio.

Este libro comienza con la historia de dos personajes, Luis Figueroa y José de Torres, que permite entender un rasgo fundamental en la vida política de Romanones. Rico por su familia, Álvaro Figueroa, como veremos, no aprovechó su posición política para obtener beneficio económico personal. En el apéndice número 5 describo la fortuna de Álvaro Figueroa y se comprueba que el conde de Romanones era comparativamente menos rico en 1950 que en 1906.

La división del presente relato en tres etapas principales facilita la comprensión de una vida tan larga e intensa. Expongo un periodo de formación, la conquista de una posición política protagonista y la fase de retirada por la edad y por los acontecimientos. Después de 1940, Romanones se dedicó a dar entrevistas, publicar numerosos libros y biografías y a disfrutar de un merecido descanso en sus casas de Madrid, Toledo y San Sebastián. Don Gregorio Marañón recordaba que se sentía unido al conde por «la afición a la

Historia, que solo él y Cánovas tuvieron entre los primates [se refiere a un dirigente principal que no está sometido a una camarilla] de la Restauración; el amor al arte y a los libros y, sobre todo, el culto a España y a su progreso intelectual y, en fin, la curiosidad por la vida, que en él era apasionada y en mí lo sigue siendo».

El lector advertirá que, siempre que ha sido posible, traslado el testimonio directo de Romanones sobre acontecimientos o aspectos de su vida pública y privada a partir de sus memorias, correspondencia, entrevistas, discursos o diversos documentos. En algunas ocasiones ofrezco versiones contrapuestas o complementarias de otros protagonistas, de modo que el lector pueda hacerse una composición de lugar. En varias partes de este libro he tratado de ofrecer, más que una interpretación sobre las fuentes, una exposición narrativa que permita al lector observar y juzgar los acontecimientos por sí mismo, como una crónica.

Para la redacción de este texto he intentado practicar dos principios que están presentes en mis anteriores libros. En primer lugar, el criterio de Horacio, en su *Ars Poetica*, donde recomienda claridad, precisión, rigor e «instruir deleitando». Este libro contiene vivencias, documentos, decisiones políticas y sus consecuencias y con ello pretendo retener la atención del lector. En segundo lugar, sigo a Cicerón cuando considera que la Historia es maestra de la vida. La historia resulta útil si la usamos como un compendio de experiencias ajenas que pueden ilustrarnos a la hora de tomar decisiones. Sus enseñanzas son importantes para los políticos que deciden una opción entre varias posibles. La Historia ayuda a no caer en los errores del pasado, lo cual, en el caso español, ocurre con frecuencia; baste recordar que, en apenas cien años, los españoles, desde 1833 a 1936, padecemos cuatro guerras civiles y numerosos golpes de Estado².

² *Lectorem delectando pariterque monendo*, verso 344, Horacio, *Ars Poetica*, edición crítica de Fernando Navarro Antolín, CSIC, Madrid 2002; Ciceron, *De Oratore*, «*Historia vero testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis*», CSIC, Madrid, 1992, edición crítica de Antonio Tovar y Aurelio R. Bujaldón.

Esta biografía pretende también deshacer mitos y maledicencias sobre Romanones y desvelar la dimensión y reconocimiento que tuvo el conde en vida. Como veremos por las fuentes y la documentación, reducir la vida de Romanones a episodios de caciquismo, «travesuras», ligereza y corrupción es un grave error y un esfuerzo desperdiciado. La vida de Romanones ilustra los aciertos y errores de dos generaciones de políticos que no fueron capaces de consolidar la democracia parlamentaria, ni por la vía de las reformas en 1923 ni por la vía del cambio rupturista, pacífico y deferente, del advenimiento de la República inesperada en 1931.

Espero también que este libro arroje alguna luz sobre las vicisitudes de la Restauración (1876-1923), un periodo brillante de nuestra historia de libertad, civilismo y parlamentarismo, la edad de plata de la cultura española y con una evidente ausencia de casos de corrupción por temas de dinero o malversación. La honradez de los políticos, dinásticos y republicanos, liberales y conservadores, se prolongó más allá de 1931, al menos hasta julio de 1936, con la excepción de un caso muy menor que afectó a un sobrino de don Alejandro Lerroux en 1934³. Al final de los años cuarenta, hasta los socialistas (Indalecio Prieto y Largo Caballero) evocaron de modo positivo el régimen de la Restauración, vista la experiencia de la República, la Guerra Civil y la posterior dictadura del general Franco⁴.

³ Un relato detallado del caso del estraperlo en Octavio Ruiz-Manjón, *El Partido Republicano Radical, 1908-1936*, Tebas, Madrid, 1976, págs. 501-529.

⁴ G. Gortázar, «De la España de los notables a la vulgarización de las élites», en *Revista de Humanidades*, Dendra médica, Madrid, vol. 14 (2), pág. 197. Largo Caballero en 1946 sugiere que era mejor la Restauración y la monarquía que el periodo 1931-1939. Largo Caballero confesó en *Mis recuerdos*: «Hace años, en un mitin celebrado en el Cine Pardiñas, en el que hablamos Saborit, Besteiro y yo, y cuyos discursos se publicaron en un folleto, decía yo que si me preguntasen qué quería, mi respuesta sería esta: ¡República! ¡República! ¡República! Si hoy (marzo de 1946) me hicieran la misma pregunta, contestaría: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad! Luego, que le ponga cada cual el nombre que quiera». Se puede acceder al artículo en pág web: http://www.dendramedica.es/revista/v14n2/4_De_la_Espana_de_los_notables_a_la_vulgarizacion_de_las_elites.pdf.

Romanones publicó unas detalladas memorias, *Notas de una vida*, y escribió a Francisco Cambó: «Yo he escrito mis memorias, no para hacer historia, sino para dar materiales al historiador de mañana». Así las he considerado: material relevante y complementario. Las fuentes de esta biografía han sido muy diversas, con preferencia por las directas, muchas de ellas inéditas: cartas, informes, discursos, proclamas, entrevistas, testimonios, protocolos notariales, publicaciones periódicas, etc. He tratado de hacer una descripción rigurosa más que entrar a debatir (salvo en alguna valoración polémica) sobre otros libros ya publicados por diversos historiadores. Me han interesado más los debates del conde con sus contemporáneos que las valoraciones posteriores sobre Romanones, en muchos casos, tópicas y poco rigurosas. Las reproducciones parciales de sus memorias y los discursos de Romanones están referenciados por fechas para evitar una gran acumulación de notas. Algunos documentos de interés que, por su extensión, no podían intercalarse en el relato los he remitido a los apéndices para la lectura eventual del lector interesado.

Otro objetivo de este libro es describir las vivencias de Álvaro Figueroa, un destacado miembro de la élite política española, y relatar las dificultades que tuvieron los dirigentes políticos liberales y conservadores de la Restauración de 1876 para transformar un régimen de notables en un régimen democrático. Me propongo también contribuir a situar el eje de la historia de la crisis política española del siglo xx, abusivamente ubicada en la Guerra Civil, en un periodo anterior. A mi juicio, la quiebra de la convivencia en libertad, estabilidad e inclusión, iniciada en 1876, se produjo entre 1923 y 1936. Es lo que denomino la «transición fallida a la democracia» de los partidos dinásticos y el fracaso de la consolidación de la democracia republicana. Lo que vino después es consecuencia de aquellos trece años mal dirigidos y administrados. El lector juzgará si los argumentos y fuentes que a continuación expongo contribuyen a la elaboración de un discurso diferente, quizá políticamente incorrecto, pero más comprensivo y menos cainita.